



Aude Dugast

**JÉRÔME
LEJEUNE**

La libertad del sabio

**La biografía definitiva sobre
el descubridor de las causas
del síndrome de Down**

Jérôme Lejeune



100XUNO

Aude Dugast

Jérôme Lejeune

La libertad del sabio

Traducción de Fernando Montesinos Pons



Título original: *Jérôme Lejeune. La liberté du savant*

© de la edición original: Groupe Elidia - Éditions Artège, Perpignan 2019

© de la presente edición: Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2020

© Imagen de portada: Fundación Jérôme Lejeune

Traducción de Fernando Montesinos Pons

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, nº 81

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: TG-Madrid

ISBN: 978-84-1339-060-4

Depósito Legal: M-4526-2021

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

I. Las alas de la amistad.....	11
II. Las raíces del cielo	17
III. Con el amor como único equipaje	41
IV. El despegue	51
V. «El sueño de mi existencia»	83
VI. La inteligencia al servicio de los pobres	109
VII. El alma en paz y el corazón latiendo	139
VIII. El abogado de los sin voz	167
IX. La batalla de los hijos de Francia	205
X. Testigo de los hombres	233
XI. El grano de arena	253
XII. Una amistad providencial.....	285
XIII. La travesía del desierto.....	311
XIV. Médico de los corazones	343
XV. El rey mago de los tiempos modernos	375

XVI. Estamos en manos de Dios	409
Epílogo	425
Epílogo de Birthe Lejeune.....	427
Agradecimientos.....	429
Bibliografía.....	431
Índice onomástico	433

«Nadie puede ser con verdad amigo del hombre
si no lo es primero de la misma verdad».

Agustín de Hipona, *Carta 155*

A las siete esperanzas de Mary.

A Pedro, cuya sonrisa angelical es un reflejo del Cielo y a todos los pacientes de Jérôme Lejeune y a sus familias.

A los enamorados de la verdad.

Advertencia de la autora

La mayoría de las afirmaciones de Jérôme Lejeune que aparecen en este libro lo hacen en forma de citas.

Todas las frases que aparecen en exergo son citas cuyo autor se indica en referencia.

Las citas cortas insertadas en el relato o en algún diálogo se indican simplemente por medio de una nota a pie de página.

En caso de una sucesión de frases procedentes de un mismo texto, la referencia se indica en la última cita.

Los diálogos carentes de referencia proceden siempre de situaciones reales.

I. LAS ALAS DE LA AMISTAD 1997

Se acercan las copas de los árboles, el piloto reduce aún más su velocidad y gira suavemente para posicionarse frente al viento y preparar el aterrizaje:

«Ese cuadrado de hierba bastará ampliamente para acoger a nuestros cuatro helicópteros», observa el piloto. «No es cuestión de asmir el menor riesgo».

Le sacude un escalofrío mientras piensa en lo que pasaría si hiciera una falsa maniobra.

En la parte trasera del aparato, cuyo casco brilla bajo el sol del mes de agosto, el Santo Padre, Juan Pablo II, se alegra. Por fin ha llegado aquí, a este pueblecito de Chalo-Saint-Mars, para recogerse ante la tumba de su «hermano Jérôme». No todo ha sido fácil. El programa de estas magníficas Jornadas Mundiales de la Juventud de 1997, celebradas en París, no le dejan ni un momento de descanso. Sin embargo, qué alegría ver reunidos a estos cientos de miles de jóvenes. Estos hermosos rostros luminosos, estos corazones jóvenes y su sed de exigencia, de belleza, de grandeza. Tras esta intensa semana espiritual, lo más duro para ellos será seguir viviendo corazón a corazón con Jesús, no ceder a la presión del mundo, continuar «estando en el mundo sin ser del mundo», pero ahora saben que no están solos. Ellos son la nueva generación de los cristianos de Francia y del mundo. La joven Iglesia universal.

El helicóptero se posa lentamente. El papa se acuerda con emoción de la tristeza que sintió tres años antes, al recibir el anuncio de la muerte de su amigo Jérôme, el 3 de abril de 1994. Era la mañana de Pascua. Exclamó entonces con la cabeza entre las manos: «¡Dios mío, con lo mucho que le necesitaba!». Al día siguiente le envió al cardenal Lustiger, arzobispo de París, una carta de homenaje en la que expresaba su reconocimiento por el carisma del profesor Jérôme Lejeune. Cada una de las palabras que había escogido cuidadosamente aquel día sigue grabada en su corazón:

«Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá» (Jn 11,25).

Nos vienen a la mente esas palabras de Cristo en este momento en que nos hallamos ante la muerte del profesor Jérôme Lejeune. Si el Padre celestial se lo ha llevado de esta tierra el mismo día de la resurrección de Cristo, es difícil no ver en esta coincidencia un signo. La resurrección de Cristo es un gran testimonio de la vida, que es más fuerte que la muerte. Iluminados por estas palabras del Señor, vemos en toda muerte humana una participación en la muerte de Cristo y en su resurrección, especialmente cuando la muerte tiene lugar el mismo día de la Resurrección. Esta muerte testimonia con mayor fuerza la vida a la que el hombre está llamado en Jesucristo. Durante toda la vida de nuestro hermano Jérôme, esta llamada representó una línea directriz. Como sabio biólogo, sintió pasión por la vida. En su campo fue una de las mayores autoridades mundiales. Diversos organismos lo invitaban a dar conferencias y le pedían sus consejos. Lo respetaban incluso quienes no compartían sus convicciones más profundas.

Deseamos agradecer hoy al Creador, ‘de quien toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra’ (Ef 3,15), el carisma particular del fallecido. Hay que hablar aquí de carisma, porque el profesor Lejeune supo usar siempre su profundo conocimiento de la vida y de sus secretos para el verdadero bien del hombre y de la humanidad, y solo para esto. Llegó a ser uno de los más ardientes defensores de la vida, especialmente de la vida de los niños por nacer que, en nuestra civilización contemporánea, frecuentemente están amenazados, hasta el punto de que se puede pensar en una amenaza programada. Hoy esta amenaza se extiende igualmente a los ancianos y a los enfermos. Las instancias humanas, los

parlamentos elegidos democráticamente, se arrogan el derecho de poder decidir quién tiene derecho a vivir y, por el contrario, a quién se le puede negar, sin que exista una culpa de su parte. De muchos modos, nuestro siglo ha experimentado este tipo de actitud, sobre todo durante la Segunda Guerra Mundial, y también después. El profesor Jérôme Lejeune asumió plenamente la responsabilidad particular del sabio, dispuesto a convertirse en un *signo de contradicción*, sin tener en cuenta las presiones externas ejercidas por la sociedad permisiva ni el ostracismo al que lo habían condenado.

Nos hallamos hoy ante la muerte de un gran cristiano del siglo XX, un hombre para el que la defensa de la vida llegó a ser un apostolado. No cabe duda de que en la situación actual del mundo esta forma de apostolado de los laicos es muy necesaria. Deseamos agradecer hoy a Dios, el autor de la vida, todo lo que representó para nosotros el profesor Lejeune, todo lo que hizo para defender y promover la dignidad de la vida humana. En particular, quisiera agradecerle el haber tomado la iniciativa de la creación de la *Pontificia Academia para la Vida*. El profesor Lejeune, miembro de la Pontificia Academia de Ciencias desde hacía muchos años, preparó todos los elementos necesarios para esta nueva fundación, cuyo primer presidente fue. Estamos seguros de que pedirá ahora a la Sabiduría divina por esta institución tan importante, que le debe en gran parte su existencia.

Cristo dijo: *Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá...* Creemos que estas palabras se han cumplido en la vida y en la muerte de nuestro hermano Jérôme. Que la verdad sobre la vida sea también fuente de fuerza espiritual para la familia del fallecido, para la Iglesia en París, para la Iglesia en Francia y para todos nosotros, a los que el profesor Lejeune ha dejado un testimonio verdaderamente resplandeciente de su vida como hombre y como cristiano.

Me uno en la oración a todos los que participan en sus funerales y les envío, por medio del cardenal arzobispo de París, mi bendición apostólica»¹.

Las hélices del helicóptero se inmovilizan. El Santo Padre, escoltado por sus colaboradores más cercanos y por algunos obispos, atraviesa pronto, con un paso lento y determinado, el bosque que bordea

¹ Juan Pablo II, *Carta al cardenal Lustiger*, 4 de abril de 1994.

el cementerio donde le espera la familia de Jérôme. Dominando el precioso pequeño valle de la Chalouette, el cementerio de Chalo se encuentra en las puertas del cielo. Desde lo hondo del valle, el campanario de la iglesia parroquial se eleva hasta las tumbas enganchadas en esta colina de luz, indicándoles el Paraíso al alcance de la mano. Ya desde la entrada, estremece la paz de este espacio que flota entre la tierra y el cielo.

El Santo Padre divisa a la esposa del profesor, rodeada de sus muchos hijos y nietos. Todos se apresuran respetuosamente a recibirle. Las autoridades civiles han insistido en que esta visita tenga un carácter muy privado. Solo la familia, el viejo cura del pueblo, una religiosa trisómica, Marie-Ange, un joven paciente de Jérôme, Clément, y un amigo del Centro de la Esperanza², Roland, han sido autorizados a venir a orar con él. Y un montón de gendarmes y de policías... ¡Son más que los árboles que rodean el cementerio! A lo lejos, la muchedumbre de los amigos a los que les hubiera gustado orar con el Santo Padre en la tumba de Jérôme se ve retenida por barreras y cordones de seguridad. Ese día no verán del papa más que su helicóptero.

Juan Pablo II se arrodilla ante la tumba de su amigo, adornada con flores amarillas y blancas, los colores del Vaticano, por una delicada atención de la señora Lejeune, y contempla, al pie de la cruz, este bloque de granito rosado pulido a medias, erigido en un parterre de flores y de arbustos. La muerte se borra ante la vida en flor. De la piedra brota agua viva. Es la victoria de la vida, la victoria, grabada en cuatro letras griegas de oro, N.I.K.E. Todo el que las contempla experimenta una indefinible sensación de paz. Y también de alegría.

El Santo Padre se recoge un buen rato en silencio, después entona el *Salve Regina*:

«¡Salve, Reina, madre de misericordia! ¡Vida, dulzura y esperanza nuestra, salve!».

² Centro de ayuda por medio del trabajo (CAT) de la Esperanza, muy próximo a la familia Lejeune.

Grandes y pequeños asocian con emoción sus voces a la de Juan Pablo II. Se trata de un momento de eternidad. Los nietos se comportan de un modo admirable.

Juan Pablo II se levanta. Con su rostro sonriente invita a todos a acercarse, feliz por reunirse con la familia de Jérôme, a la que sabía que este amaba con todo su corazón. Uno a uno, los padres y después los hijos se van presentando, se inclinan, le besan y le dirigen algunas palabras. Dada la emoción, las frases preparadas desde hace ya algunos días se atropellan. Hay que improvisar. El calor de la mirada del Santo Padre les anima. Llega, por último, el turno de los pequeños. Vieanneu, con el candor de sus 3 años, levanta entonces la cabeza hacia la bella sonrisa aureolada de blanco, impaciente por poder plantear la pregunta que le tiene ocupado desde la mañana temprano:

«¿Dónde está tu helicóptero?».

II. LAS RAÍCES DEL CIELO

1926-1950

Este 19 de junio de 1926, las campanas de la iglesia de Saint-Jacques-le-Majeur de Montrouge suenan con alegría. Saint-Jacques, por medio de su voz de bronce, anuncia a la apacible ciudad una feliz noticia. Las notas van volando de techo en techo y vuelven a caer como lluvia ligera y alegre sobre los jardines y las casas, deslizándose de calle en calle para invitar a compartir el mismo gozo a los vecinos del barrio.

«Es que a Pierre Lejeune acaba de nacerle su segundo chico», anuncia orgullosamente una mujer a un grupo de hombres tranquilamente instalados en las sillas que han sacado a la acera para aprovechar juntos unos hermosos días de verano.

«—¿Pierre, el hijo de Louis Lejeune, nuestro antiguo alcalde?

—Sí, el mismo —confirma la mujer, antes de añadir, con una brizna de cotilleo—: ¡con tantas dificultades como tuvo para tener un hijo, aquí lo tienes ahora con dos!

—¡Qué contento debe estar el abuelo Lermat! —exclama un hombre con un bigote bien poblado y ya blanco.

—Sí, y además, continúa la mujer, él, Hector Lermat, será el padrino. Creo que el pequeño se llama Jérôme.

—¿Y quién va a ser la madrina?

—¡Ah! Eso no lo sé», responde la mujer, al mismo tiempo que se aleja.

Unos pasos más allá, en el número 51 de la carretera de Orleáns, la familia Lejeune se encuentra en plena efervescencia. Massa, cuyos gruesos cabellos castaños perfilan el bonito rostro en forma de mandorla, deposita con precaución a Jérôme en su cochecito. Philippe la alcanza trotando desde la altura que le permiten sus 18 meses. No sabe todavía que este hermanito, al que le gusta mirar con sus ojos azules, será su compañero de juegos, su confidente, su amigo de toda la vida.

En el quicio de la puerta, Pierre-Ulysse, elegante con su traje de tres piezas, espera pacientemente a que su joven familia esté preparada por fin. El cuadro viviente que tiene ante sus ojos le llena de una alegría nueva que consigue apaciguar su corazón herido por el reciente fallecimiento de su querido padre. A pesar de la fatiga del parto, su preciosa Massa —diminutivo de Marguerite Marcelle, muy musical, cultivada y mujer con la cabeza muy bien amueblada a la vez— parece hoy enormemente dichosa. Pierre saborea tanto más este instante por el hecho de que han pasado por muchas pruebas desde la pedida de mano. Primero la guerra, que les obligó a una larga separación después de su boda, mientras que él servía a la patria. Después vinieron los diez largos años de esterilidad. Hasta hoy en que, por fin, Massa le había anunciado la buena nueva: Dios había escuchado sus oraciones, ¡ella estaba esperando un niño! Y, ahora, este segundo hijo:

«Ya hace una semana que ha nacido Jérôme», piensa Pierre, que cuenta los días desde el hermoso 13 de junio. «¡Qué bueno es Dios!».

Aunque Pierre pertenezca a la tercera orden franciscana, le atraiga una vida sencilla y sobria, y se muestre pronto para socorrer a los pobres de la parroquia, Massa y él no han elegido el nombre del hermano de Asís para sus chicos. Su segundo hijo se llama Jean-Louis-Marie-Jérôme y, siguiendo una antigua tradición, han colocado el nombre que van a usar, Jérôme, en último lugar. Entre Juan, el discípulo preferido de Cristo, María, la tierna madre del Niño Jesús, y Jerónimo, el doctor de la Iglesia, su hijo estará bien protegido y aconsejado.

El sacerdote realiza, en los escalones de la iglesia, los primeros gestos rituales de exorcismo y de invocación del Espíritu de Dios sobre el niño, en medio de un respetuoso silencio. Incluso Philippe contiene el aliento. Después se abre de par en par el pórtico de la iglesia y todos, siguiendo al sacerdote, que ha puesto un trozo de su estola sobre el niño, como signo de protección paternal, penetran en la luz tamizada que baña el baptisterio. Manteniendo cogido delicadamente a su ahijado en brazos, la tía Charlotte Lejeune, cuyo apellido de soltera era Clacquesin, lo presenta orgullosamente al celebrante. Entonces el sacerdote vierte sobre la frente del niño el agua bautismal:

«Jean-Louis-Marie-Jérôme, yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

Una vez lavado del pecado original, Jérôme se convierte en hijo de Dios. En adelante también es sacerdote, profeta y rey. «Ojalá pueda permanecer fiel a esta extraordinaria gracia a lo largo de toda su vida». Es la oración intensa de Pierre y Massa en este emotivo momento.

Con su pelo castaño y rizado, sus mejillas sonrosadas por la vida al aire libre, Jérôme da sus primeros pasos en la casa de Montrouge, a las puertas de París. Ya no se cazan los zorros y los cultivos de marjal ven reducida cada año su extensión por la urbanización de los suburbios. Con todo, la pequeña ciudad conserva su aspecto bucólico y los Lejeune van cada mañana a buscar la leche y la mantequilla frescas a los establos vecinos, últimos vestigios de la vida rural. Jérôme, junto con su hermano Philippe, del que no se aleja ni un paso, desarrolla una imaginación fértil jugando con los numerosos animales del huerto y con los caballos de tiro empleados para las entregas de la empresa. Por último, a los dos chicos les basta con dar algunos pasos para llegar al número 84 de la carretera de Orléans y sumergirse en un mundo de ruidos, de olores y de fuego, donde el metal incandescente se pliega, se tuerce y después se redondea formando líneas regulares bajo el impacto de los martillazos de su abuelo Hector, un mago del fuego. Hector Lermat, veterinario y herrador, es, para sus nietos, un abuelo nada convencional y curioso, y sus inagotables invenciones les

Jérôme Lejeune

«La inteligencia de uno es un regalo para todos». Esta afirmación de Jérôme Lejeune puede aplicarse a su propia figura, la de un hombre extraordinario que puso su inmenso talento al servicio de los niños con discapacidad mental. Pionero de la genética moderna, deslumbrado por la belleza de toda vida humana, el profesor Lejeune ha hecho historia defendiendo a los que no tienen voz. Ateniéndose a su condición de médico fiel al juramento hipocrático y de cristiano fiel a su bautismo, mostró de manera brillante a lo largo de su vida de qué modo la ciencia y la fe se enriquecen y complementan mutuamente. Su historia es la de un hombre que fue siempre profundamente libre, tanto en los momentos de gloria y reconocimiento por parte del mundo como ante los violentos ataques de los que luego fue objeto.

Para escribir esta biografía, la autora ha pasado once años consultando miles de archivos, reuniéndose extensamente con su esposa, primer y fundamental apoyo, sus familiares, las familias de sus pacientes y sus colaboradores franceses y extranjeros. Ella nos invita a descubrir hoy el sorprendente semblante de un genial investigador, esposo y padre de cinco hijos, con un gran sentido del humor, cercano a los grandes y defensor de los pequeños de este mundo.



ISBN: 978-84-1339-060-4

